



ISIDORA
LIRA
MAYO

Estudiante de Kinesiología UC
Coordinadora General Solidaridad UC

Universidad y tercera misión

Durante las últimas décadas, ha existido un intenso debate sobre el rol público de las universidades. La Universidad Católica, en efecto, no ha sido la excepción, comprometiéndose con asuntos que muchas veces van más allá de la «cátedra» universitaria.

Es indudable que la universidad tiene un fin público, pero ¿cuál es el límite o alcance que debemos establecer a la hora de «hacer política»? *¿Es la universidad una plataforma al servicio de un catálogo de petitorios, que cada cierto tiempo los estudiantes estampan en las calles y se convierten en demandas ciudadanas?*

Es cierto que no es fácil fijar ese límite, pero la experiencia de varias décadas nos enseña que existen dos extremos a evitar. Por una parte, aquel que nos dice que la universidad debería ser una cápsula aislada de la sociedad: a la universidad se va a clases, siendo el primero y el único deber del universitario. Según esta visión, la universidad coopera con el bien común por «chorreo» académico. Es decir, en la medida que seamos buenos alumnos y excelentes profesionales, la universidad estará contribuyendo a construir una sociedad justa. Por otra parte, aquellos que desde los años sesenta nos han dicho, con menos o más decibeles, que la universidad debe «politizarse», objetivo que necesariamente –sobre todo en momentos críticos o de crisis social– está por sobre el cultivo de los saberes. En otras palabras, es irrelevante que

un alumno vaya a clases si con ello puede asistir a una marcha, o detener indefinidamente la universidad mediante un paro si con ello contribuye a la «causa».

Ambas posturas, de algún modo, nacieron como una tesis y una antítesis. Si bien están en dos extremos opuestos, se retroalimentan entre sí.

Una salida realista está en lo que hace unos años se ha llamado la «tercera misión» de la universidad, la cual está asociada a un proceso en que la comunidad académica respeta su identidad intelectual, pero al mismo tiempo asume la responsabilidad que le cabe en la construcción de la sociedad, constituyéndose en un «cerebro» al servicio del país, haciendo docencia, investigando y discutiendo todo asunto público que dice relación con el bien común.

Hasta el minuto hemos advertido a una UC iluminando sectores del mundo privado y del tercer sector (el voluntariado). Sin embargo, ¿existe el incentivo a desarrollarse en el sector público y, más aún, en el mundo político?, ¿cuántos egresados de nuestra universidad han optado por incorporarse al mundo municipal, al Poder Judicial o al mundo de la reflexión política? Muchos no desearían una incursión académica en tierras tan sombrías e inestables, pues fácilmente verían la instrumentalización del saber o alguna ruptura con la identidad de la UC. Pero justamente la calidad de nuestra clase política se ha deteriorado por falta de grandes

pensadores públicos, cuya cantera no está sino en las universidades.

En tiempos de crisis, es necesario volver a replantearse estas preguntas, con el fin de encontrar respuestas coherentes con los inevitables cambios que tendremos a futuro. No cabe duda de que hoy la UC es un referente a nivel nacional, a la que se le exige responsabilidad por ser la mejor universidad de Chile. Y es nuestro deber promover que desde este espacio se generen las respuestas a una mejor salud pública, una mejor educación, una ciudad justa, entre tantos temas sociales de los que una universidad, que dice ser católica y tener un profundo rol público, no puede quedarse fuera. [®]